

FÍGARO.

PERIÓDICO ESPECIAL.

Se publica cuatro veces al mes.—Precios de suscripción: En Burgos, real y medio; en provincias, dos reales, pago adelantado. Números sueltos diez céntos.—Habana y extranjero una peseta.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Imprenta de la Sra. viuda de Villanueva, Plaza Mayor 2, y en la Lotería del Sr. Hernando, paseo del Espolon. Anuncios y preguntas á precios económicos.

Noviembre 23.

REDACCION Y ADMINISTRACION; LAIN-CALVO 20, 2.º

Núm. 37.

EL INGENIOSO HIDALGO D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

TERCERA PARTE

escrita por El Bachiller Avellanado.

CAPÍTULO VIII.

Que pasa y acontece todo de noche.

No era pasado mucho tiempo desde que Sancho se había despedido de su señor, y ya anochecía, cuando dejáronse ver por todos alrededores del palacio comparsas, muchas de apuestos caballeros, que por el marcial son de sus clarines y atabales, no menos que con las luces de multiplicados y vistosos faroles de altas lanzas suspendidos mostraban en sus personas y jaeces de los gallardos brutos que regian la nobleza de sus linages cual la riqueza antigua de su estirpe. Suspenso y admirado, Don Quijote, dábale todo á buscar y leer los mote ó emblemas de los escudos así como la causa de honra tanta, cuando cuatro escuderos acudieron á darle aguamanos y servirle en todo lo tocante á su aseo y ornato; y le vistieron el morrión y la armadura, ya dispuestos como conviene á caballeros y á dias preciados tal de caballerosos.

Entonces aparecieron por las entradas al salon de las serpientes comitivas diversas de personajes, todos de punta en blanco ó de preciadadas sedas revestidos, mientras resonaba el concierto de muy agradables músicas y cánticos, y dueñas de luengas colas de ropages ricos quemaban en dorados pebeteros muy suaves perfumes, y numerosos y diversos pages con hachas flamantes adornaban el estrado, patios y escaleras. Y un caballero, acercándose al de Los Leones, así dijo:

—Sea servido el señor Don Quijote de la Mancha de venir en compañía de los que con la suya hora se honran y saben estimar la valia y pró de los andantes que van á sus magnánimas aventuras.

—Conózcovos, Don Cide el de Viar, contestó con una cortesía Don

Quijote, menos en esa entonacion de vuestra fabla y lo estrecho de petos y espaldares; mas como ignorantes tachar pudieran de cobardía cualquiera aun la mas mínima tardanza, romped la marcha vos en el son que mas vos placiere, que allá dó vos quisiéredes háis de encontrarme.

—Buena es esa ley de caballería, dijo un guerrero.

—Tampoco vos ignora, el gran Ferrando Gonsalvo, replicó Don Quijote, sálvas que sean la ligereza y facilidad de vuesa estampa; ni á vos el buen Conde Don Dídaco Porcellos, quitadas las delicadezas de esos hierros que os acorazan; ni á vos los inmortales Laine-Calvo y Nueño de Rasura, bien que afeminados y adamados har-to. Pues de vos no hay poder dudar, Don Sancho de Garcés, si no es por el liviano continente; ni de aquesos los fieles Infantes de la Casa de Lara, menos dificultosos y mas claros.

Hicieron los personajes to los gran reverencia y diéronse á caminar silenciosamente, en son de triunfo y fiesta, por sala y escaleras hasta la inmediata, verde campiña, viviente con los sonidos de la música, y los solemnes víctores, y los vivos reflejos, súbitos y variados de innumerables luces, y la gala y gallardía de tantos y tan apuestos donceles y caballeros, que á toda prisa emprendian sobre briosos corceles la breve ruta.

Sucedió, empero, la oscuridad á claridad tanta, con lo que se sentian solo el acelerado paso y respirar frecuente y fogoso de los orgullosos brutos, el crujir de las sedas y el chocar de los aceros. Y exclamó Don Quijote:

—¿Por dó os andais vos Don Rodrigo?

Al compás de los mismos pasos del de Los Leones, contestó el preguntado.

—No es poco, respondió Don Quijote; y se ve cuan sábios son los halos y necesaria cuanto la ley y órden de las altas caballerías. Porque en toda verdad, ¿qué os ficiérais vos agora, señor guerrero, enterrado en ese

vuestro nicho de Cardeña? Y así creo en buen hora como el estampido de Atapuerca debió despertaros del inútil sueño, de la manera misma que á todos estos otros provecos caballeros que aquí vienen y á los mozos de Lara.

—A mi levantó de la sima del sepulcro, dijo Fernan-Gonzalez, el que bien me conozcan, necesidad clara y perentoria.

—De nosotros no hay decir, exclamaron Laín y Nuño, (los dos á un tiempo y profiriendo á la vez y á compás las frases mismas) sino que aun no tenemos señalado puesto en las historias, y somos como recién llegados forasteros en busca de hospedage.

—En lo que á mi toca, prorrumpió Don Diego, menos mal me fué que á Don Rodrigo, al cual llegaron á negar hasta la existencia, última entre todas calamidades.

—Y á nosotros nos muelen y registran los cráneos cual si escritos estuvieran, dijeron los Laras, que es dolor de dolores.

—No son males todos esos, contestó Don Quijote, sino prueba de alta estima y subido precio; pues que jamás fueron molidos los huesos, ni denostados, ni negados los que pertenecieran á badulaques, sino que siempre lo han sido, y habrán de serlo, los que por su verdadero mérito, honra y talla suscitan rivalidades, celos y envidias. ¡Y feliz, caballeros, del envidial! ¡ay de los muy ruidosos en sus dias!

—¿Y cómo os fué á vos, Don Sancho de Garcés, el de las fructuosas batallas y mas sublimes fechos?

—En mi no hay tanto que sentir contestó Don Sancho.

—¿No sois, pues, insistió Don Quijote, el caudillo de la noble Castilla en Calatañazor, ó en mas propias palabras el cavalor por siempre memorable de la profunda tumba del cordobés Califato?

¡No sino ántense agora sus señorías sepultados en sepuleros y en enterramientos acostados y devorarles

há la tierra! ¡Sus, á los sublimados fastos y varones, ejemplo de los mundos! Pues que de novedades hay muchas relucientes, y de piedras hartas hay mas preciosas pocas. ¡Y gracias sean dadas á los muertos!

De vos Don Laíno y Don Nueño no hay negar, por otra parte, como correis recia y larga aventura, y juzgo necesaria esta vuestra oportuna vuelta al mundo; pues, aunque de graciosas alegrías y de lindos donáires se tratase, ninguno igualar supiera ni podría al que con vos pasa y acontece, cual es el de andaros buscando y rebuscando por los siglos décimo y noveno cuando ya estabais soterrados.

—¿Es tal? exclamaron los Jueces de Castilla.

—¡Y qué es todo un asombro, continuó Don Quijote, el encontraros, caballeros, hasta tal extremo ignorantes de vuestra existencia misma! ¿No fuisteis, por acaso, los que, apenas alcanzado aquel maravilloso triunfo de Covadonga, reunidas las gentes castellanas en el campo, hoy dicho de Villa á Carolo, alzasteis y jurasteis los primeros, cual otro Don Fortún García allá en Vasconia, la enseña de vuestra fe y honrada y justa independencia?

Y vos el de Porcelos, ¿no sois el dilatador de aquella Brigia, Urbs Bravum, que sin cesar se halla en esa inmortal y precisa habla del romano? ¿Ni vos, ó el grande Don Rodrigo, el que así prudente y con tal sabiduría, cual otra no la iguala, unir supisteis y enlazar el respeto á la antigua monarquía de Don Pelayo con el debido al fuero de vuestra patria? ¿Qué decis el bravo Don Garcés y vos así bien los paguezuelos de Lara? ¿A qué para tal ignorante silencio de tal suerte remover y levantar las venerables lápidas de los sepulcros? Y como callasen todos, exclamó Don Quijote:

Y voto á tal, y por la orden de la Caballería, que á vos los Don Faquines y Don Belitres, haga Don Quijote de la Mancha arrojar por las bocas las almas en tales mentidos cuerpos contenidas, que así de imitaciones y plagios viven y se sustentan; pues que ni sois ni mas ser podeis Porcelos, ni Gonzalos, ni Laínos, ni Nueños, ni menos Cides, que yo soy ni ser puedo el Preste Juan de las Indias. ¡Héroes por de fuera! ¡contrahechas figuras de alfeñique! ¡estampas mal trazadas y en mal hora de excelentes y pernicitos varones! ¡imitárades, malandrines, antes los grandes hechos y las hazañas, las virtudes de los héroes

castellanos que las vestiduras y forros y capirotos, que tomarse, vestirse y erguir puede cualquiera pelaire! Y no os salieran á plaza los colores cuando os exigieren claras pruebas de verdaderos andantes caballeros.

Y empuñando iracundo la espada, ya se disponia á campal batalla Don Quijote, cuando al doblar de la montaña apareció el mismo descomunal y ardiente Briaréo con toda su rodante escuadra; conque volvieron caballeros muchos á sus puestos, que poco antes, y en buen obrar, habian desamparado.

—¡Bien está! gritó sañudo Don Quijote, pues tiempo hay para todo, dijo el sábio. Y agora es de observar como el jayán detiene y para el inacabable é indómito caminar de su carrera al pié de ese su solitario y rojo alcázar, en medio de tan temeroso y ámplio descampado.

¡Y, por Dios, que así me place!

—Mire bien su merced, dijo el Cid, como ese no es gigante sino el tren que á la ciudad de Búrgos se dirige, y que buscando venimos los caballeros de vuestra compañía.

—¡Hallárades á vos mismo! contestó Don Quijote, que de trenes no hay enseñaros á buscarlos y sobrados os topasteis. Mas vengamos al caso, que es lo que importa, y acuda presto aquí cualquiera de los mozuelos de Lara porque sirva en tan gran trance de escudero, ya que Sancho se anda ahora en procuraciones.

Y llegado que hubo un page, prosiguió el de la Mancha:

—Fincáos niño, y jurád por la Orden de la caballería como sois presto y fiel á cumplir cuando se os ordenare.

Y dióle á besar la mano Don Quijote, quien bendijo al chico con religiosa gravedad pausadamente.

—No será en mis dias esto, interrumpió un caballero, pues y quien sabe lo que será capáz de mandar el gran mentecato.

Y tomó al chico su hijo, de la mano.

—Tal no esperaba yo de vos, el Gran Ferrán Gonsalvo, dijo admirado Don Quijote, ni jamás supe de tal menuda progenie cual esta vuestra, ni de tales vuestras mujeriles aprensiones. ¡Mas tanto monta!

Y viendo á la máquina venir andando frontera, y cual crecia, como si encontrarse quisiera con Don Quijote, (lo que no era mas ni menos sino un cambio de una por otra) antes de que el alado y rugiente monstruo se acercase prorrumpió en espantables voces el de la Triste Figura, mien-

tras volaba por la via frente á frente y espada en mano contra la ferocidad del gigantazo:

—¡Aquí de los de Castilla y nobles Condes, y de los Yúlices, Príncipes y Cides! ¡Y aquí de Dulcinea de Toboso!

Y arremetió con jamás vista locura contra el monstruo ante los confusos ojos, angustiadas imaginaciones y entendimientos deshechos de todos cuantos el espantable suceso estaban presenciando; todo lo cual produjo un ¡ay! ronco y pavoroso que perdióse por la campiña entre las medrosas sombras de la noche.

Gritaba en esto Don Quijote en lo lejano y oscuro de la via.

—¡Non fuyades, malsines y rutianes; non fufros, trogloditas antropófagos, que un solo caballero aquí vos espera y reta á la batalla!

Llegaron pues todas gentes al denonado y esforzado campeón, al cual encontraron todo polvoroso de ceniza, como quien salía de la caja de limpia y descarga de las máquinas, en la cual por buen hado habia caído, con lo que pasó sobre él el carruaje sin poder causar lesion alguna al caballero, que proseguía en pié exclamando:

—De aqueste fiero trance en seguimiento

Si hasta el suelo se hundió nunca el aliento.

Pues estas y otras semejantes trazas y artimañas saben y usan los jayanes de esta jarcia y estrategia.

Con todo eso, añadió ante el general silencio uno de los Jueces de Castilla, será bien que su señoría tome asiento y descansen á recibir si quiera los parabienes de tan inaudita y estremada victoria.

—Será el decir eso vos, señor Juéz, repuso Don Quijote, por seguir los veros trámites, de la justicia; y así, pues, facéd cual corresponda.

Con lo que dieron con Don Quijote en uno de los coches del tren que inmediatamente partió á la ciudad cercana, á la cual llegar ansiaban las comparsas, pues no con otra intencion si no ésta de élla habian salido, apenas tuvieron noticia de la extraordinaria erupcion del volcán de Atapuerca. Y como fuesen inacabables las muestras de satisfaccion y cumplimiento de damas tantas y personajes como el de La Mancha llevaba en su compañía, con acento grave y marcado dijo Don Quijote.

Verdaderamente que estas son propias y aventuras dignas de andantes

caballeros; ni quién sino alguno de estos astros alumbradores pudiera agora decir, ni aun sospechar, como vamos en alas de este endriago volando sin posar pié en lo escabroso de la tierra, según advertir se deja en lo suave y nivelado del vientre del monstruo navegante. Y así pasando van los asombrados colosales bultos de estas apartadas y lóbregas regiones como los fenecidos acontecimientos ante los claros ojos de la Historia; y siendo todos ellos los mismos siempre, según su gerarquía y noble ordenamiento, solo al su pasar grandes parecen, pues que allá en lo porvenir como en lo pasado todos se hunden al fin en la menguada sombra sorda del olvido unos y del misterio otros; en lo que así es de observar, como en suceso todo, cuán necesaria y justa fué y ha de ser por siempre la orden de la andante Caballería, que es tanto como decir de la fe y del sentimiento, alma del orbe y vida de la esperanza, sin lo cual tan gran virtud fuera de sobra.

Estremeciéndose en esto Don Quijote oyendo el prolongado silvido de la llegada al punto de descanso y exclamó:

—No haya en vos doncellas hermosas y nobles caballeros, asomo de espanto ni zozobra; pues que estos chillidos irritantes lenguaje son y gritos propósito de estos jayanes voladores.

Y entre el indecible tumulto y turbión de gentes sin cuento, fué el dar con Don Quijote en el teatro, con no pocos esfuerzos no menos que dificultades y atropellos.

Dejóse inmóvil acepillar el de los Leones y asentar luego en puesto preferente; y allí fué el advertir el alto punto y término de la cortesanía y la buena ley de caballero de las pasadas edades. Loábanle las damas, aplaudíanse los donceles, ensalzábanle los caballeros y congratulábanse todos, al resonar de los agradables cantos de la orquesta; cosas que juntas y cada una de por sí bastarán á acabar el sexo del amante mas castizo y experimentado. Y enviábanle flores en manojos las doncellas y versos los poetas, plácemes en besamanos por todas partes, saludos y cortesías sin hallar su término.

—Así fueran mis donaires cual los vuestros, dijo en semidoliente voz Don Quijote, y tal cual es de facer así ficiera, sin la imagen de aquella eterna ingrata, dulce enemiga mía, que en el corazón llevo gravada; y aquí es

agora mi exclamar; idos vos glorias á dó es debido, y honras á dó se juntan las mas altas, fazañas á dó lo ordena su justicia, triunfos á dó amores los encaminan, que no es ni puede ser sino á Dulcinea del Toboso.

Y decirme han sus excelencias que es todo aquesto, que al mi parecer no es menos que teatro.

—Y es tal como su señoría lo siente, contestó un caballero de grave estampa.

—Y como bien parecerá al invicto caballero, dijo otro.

—Y como propio es de tiempos adelantados, añadió un doncel de linda estampa.

—Mas aquí ha su señoría, interrumpió un señor serio y alto, al autor de la gran obra que en tal solemnidad ha de representarse.

—Todo por vos y para vos, dijo el galán presentado, mi señor D. Quijote.

—¿Pues y no sois vos, por ventura, Don Luis del Ayuco? contestó el de la Mancha. Ahora certifico y afirmo como es grande vuestra ocasión cual de hallar son pocas. ¡Y par diez si eleváronse los corrales, y cual las castellanas musas se enriquecieron!

Y vez aquí las artes todas reunidas ante el mas general y variado concurso, sirviendo á la reina poesía, como ésta al deber por el sentimiento. Y así es de gran saber lo que aquí se dijere é hiciere, sin exceptuar el simple juego de manos. Teatro, Señor Don Luis, es mundo pequeño, de representaciones muchas, pero de horas pocas alumbradas de luces de artificio. Tómante los mas por pasatiempo, y son los menos los que subir saben á la escena con otro medio alguno que el disfraz y la carátula; con lo que, si su excelencia diera repentinamente luz de día á la tramoya y trampa de tal noche, se hallára el Señor Don Luis así como en el fin de su existencia, que es comenzar la vida tras el corto reinado de las sombras.

Suspenso quedó el numeroso auditorio con el discurso de Don Quijote, pero un cortesano dijo:

—Crea el señor caballero como aquí nada importa ni se aprende, y todo se reduce á breves indiferentes instantes de apacible entretenimiento.

—Digo entonces, contestó el de la Mancha, que saben sus mercedes hacer puros milagros; pues no es menos que todo eso escribir una comedia sin objeto, ó tragedia sin que encierre pensamiento, drama sin personajes ni motivo ó sainete sin argumento ni palabras; y maravilla es, así bien, ha-

berse sabido procurar escenas sin sus versos y sus diálogos, conversaciones sin palabras y habla sin sentido; sobre lo que encargo á su señoría esquisito cuidado; pues ni son ni ser pueden las razones tan dañosas cual lo es el delicado sentimiento, con el que su señoría bien puede arrancar al hombre el alma de su cuerpo sin dirigirle siquiera una palabra. Pues además hay que son volúmenes, y gestos panteones de una inocencia.

Corrióse en este instante la cortina y comenzó á decirse el drama de Don Luis, que se llamaba «*Lo que importa*»; nombre que hubo de parecer al autor nuevo al par que honda filosofía; mas Don Quijote interrogó todavía al Sr. D. Luis:

—¿Y qué es eso que á su excelencia importa?

—Que lleven á bien el drama, contestó el jóven, y le agrade al público, que es toda una fortuna.

—De manera, prosiguió Don Quijote, que su excelencia estriba en el dar gusto y haber lucro; pues hago saber al señor escritor de «*Lo que importa*» que lo que va de la madre agricultura á las demás industrias eso va de las letras á su comercio, y no es lo mismo producir nuevos frutos que abacería; en lo que bien comprenderá el señor autor como el premio de las buenas letras es carga y deber manifiesto del Estado, so pena de mercaderes y abaceros.

¿Y aquella reina augusta que se entra por aquella puerta estrecha al salón del palacio?

—Es, dijo Don Luis, Doña Isabel de Portugal, esposa del Emperador Don Carlos el primero.

—No la vió su excelencia cual yo la ví, dijo Don Quijote, y bien se le conoce; y mas se me hace dueña que no reina.

—Pues que no hay modo de hacerlo de otra suerte, y la verdad de la historia no hay poder ponerla á secas en el teatro, por ser de suyo árida y fría.

De lo cual deducirá el Señor Don Luis, prosiguió Don Quijote, que es la historia de los hombres amojamada.

—Cuando menos insuficiente para el drama, continuó Don Luis.

—Pues sepa su excelencia, añadió Don Quijote, como los mas extraños y profundos sucesos y las mas extremas peripecias de los llamados dramas son apenas sombra de los que encierran las historias, y todo está en que el autor explique y manifieste en la escena, muy mas que los deslavados hechos yertos, los difíciles y pro-

fundos sentimientos; para lo cual es menester extraer y sacar la esencia de los caracteres de los hombres no menos que de los hechos y circunstancias; dado que los varones de mas talla aun obedecieron mas el ímpetu y violencia y engaños de sus pasiones que las deducciones claras de su lógica, aunque mentira y falacia aques- to os pareciere; pues que la razon no admite ni aconseja las contradiccio- nes y veleidades y niñerías, siempre compañeras de los varones mas insig- nes y celebrados.

Y finalizó la primera de las tres jornadas del drama conque Doña Bár- bara, señora de ciertos Estados de la Holanda, llegó á serlo del corazon del Emperador Don Carlos el prime- ro, y dispuso la muerte, en su misma cuna, de las Infantas herederas de Castilla, pues aun no era nacido Don Felipe. Y decia, ya izquierdeando Don Quijote;

—A fé mia, señoras y caballeros, que no juzgara yo tal de esa Doña Bárbara, ni ese su nombre llegué jamás á oír en mis mocedades, ni menos fué el Emperador campeón enamorado. Mas tate, que por el hilo sale el ovillo y es el tiempo revelador de los mas hondos é importantes secretos, y esperar es no escasa sabi- duría.

—Ya conocerá el Caballero de Los Leones como este es solo juego de teatro, dijo un señor grueso, muy dado á dramas, sin que haya ni si- quiera asomo de realidad en todo lo que la escena expone y significa.

—De la escuela y ordenanza sois vos de Sancho mi escudero, replicó Don Quijote, y gran procurador de paces octavianas, mas en vano, pues ¿quién pensar ni sospechar ni presu- mir puede que así se falte á la mudéz y justicia de los sepulcros que se mientan acciones, y se presenten en público falsedades, y se ultrajen y pisen las memorias de hombres y personajes y monarcas? ¿y se inven- ten y finjan seres jamás nacidos, y falsos testimonios se acumulen con el atrevimiento mas insigne y la mas despreciable cobardía? Menos mal, bien que mal, que se nos venga un autor chico contando en los teatros sus insustanciales nimiedades, pues no es suya la culpa.

Y sirvieron á Don Quijote un gran ramillete de parte y por encargo de las damas castellanas; á lo cual con- testó grave el caballero.

—Estése á lo acordado; pues no son lícitos á la andante Caballería gallar-

dones anteriores á las victorias, ni premios que precedan á las batallas; y amanecerá Dios y vernos hemos.

Y así fué el comenzar la segunda jornada, la cual con grande atencion fué observando por largo espacio Don Quijote, que al cabo dijo:

—¿Quién es aquél pelón que allí sa- le agora?

—¿Cómo, si es el Mayordomo ma- yor de sus magestades?

—Y aquél vegete, ¿quién es, que no le conozco?

—Es Don Luis de Quijada, nada menos.

—¿Y aquél otro simple y móvil pa- jezuelo?

¿Quién ha de ser sino el mismo Don Juan de Austria, que viene á Yuste á presenciar la muerte de su padre, que ahora va á verificarse sin re- medio?

—El caso pues oprime en gran ma- nera, murmuró Don Quijote; y conti- nuó de este modo: ¡Bah! ¡bah! ¿De dónde sacaron sus mercedes y exce- lencias ese emperador que ahí apare- ce, ni quién metió á vuecelencias en retratos de antiguos emperadores? pues yo le ví y le desconozco. Mi buen señor Don Carlos el primero nunca usó esa postura así afectada, ni la bajeza de sos pueriles ademanes, ni ese entono de farsante de aldehuela. Mucho menos se andaba tal peri- puesto y relumbrante, sino opulento, natural al par que imponente y ma- gestuoso. Al emperador su espíritu revestia que no ese entalle mínimo y puntiagudo. Y tan Don Luis de Quija- da es ese que veo como yo moro; y ese Don Juan de Austria es embeleco. ¿Y qué es decir de mi señora Doña Isabel de Portugal, ni de esa Doña Bárbara nonata, ni de esos todos menguados adminículos?

Por todo lo cual, (y esto ya pro- nunciaba Don Quijote enarcando las cejas, hinchando los párpados, pali- deciendo el semblante y saltando los ojos) vos, señor Don Luis, llegaos á ese campo de Agramante y advertid y ordenad á ese drama ó grifo ó trapi- sonda, que sin mas tardar se arregle, ordena y corrija; y en vuestro bien va todo aquesto.

—¿Pero, cómo ha de ser eso que previene el señor Don Quijote, si el drama está hecho, confeccionado, en- yado y ya en escena? respondió Don Luis apresurado.

—No sé de menudencias sino leyes de caballerías, repuso el de la Man- cha; y ved como ya va á expirar el emperador sobre aquel lecho. Y tóca- me y atañe acabar con follones y be- llacos, desfacer agravios, enderezar entuertos y acorrer doncellas menes- terosas; y en toda mi verdad, que ja- más conocí ni aun imaginar pude ocasion mas necesitada que esta pre- sente.

Sucedió en este instante que lleva- sen al enfermo emperador en su le- cho yacente una poción recetada de chocolate aguado, y no pudien lo aguantar Don Quijote semejante re- fresco, salióse como fiera del gabi- nete, bajó veloz cual rayo la escalera y en un punto se puso en medio del patio espada en mano, sin que nadie á estorbar se atreviese el espantable arranque de locura de aquel frenético. Y destrozados cuantos obstáculos su- pieron salirse al paso, de gantes ó de enseres, entre los gritos y exclama- ciones de muchísimos y el espanto de todos, deshecha la barandilla de la orquesta y desbaratados cien músicos instrumentos, ascendió Don Quijote sobre la casilla del señor consueta, como á punto culminante de aquel campo, y ordenó con tremenda voz universal silencio.

Y fué lo peor, que no pudiendo so- portar la casilla del señor apunte el peso y ademanes del caballero, se hundió con gran menoscabo de su pa- cífico habitante, el cual acudió á la natural defensa por cuantos medios sugieren la ira y la estrategia; mas Don Quijote, aniquilada la escasa vi- vienda en dos cuchilladas, tomó á Doña Bárbara de la mano y la envió fuera del aposento diciéndolo:

Idos á vuestros domésticos menes- teres, y aun vais en mejor hora que debierades.

Bañó luego al tirano del drama de un solo mojicon todos los dientes en sangre cuando el emperador en blan- cos paños intentaba salirse de su le- cho; pero Don Quijote exclamó:

—Non haya vuesa magestad mas sinsabores: puede ya acostarse tran- quila y morir con todo el juicio y so- siego que corresponde, dado que el buen padre Sanlovál es aquí presente. Y bien sabedes, y aun mas en eso fiero trance, como nada jamás tuvisteis que ver con tal Doña Bárbara, muy en honra de la Reina Doña Isabel de Por- tugal y del señor Don Juan de Austria. Entonces llegó todo azorado Don Luis diciendo:

—¿Pero no ve, vuelvo á repetir, el caballero como estas son no mas cosas de teatro? ¿Qué diablos ha de ser la señora despedida Doña Bárbara sino la hija de un honra lo sastra de Bel- chite! ¿Ni qué emperador ni R que ha de ser quien en el lecho yace sino un mocete que se dejó los libros por ve- nirse á las tablas!

Oír esto el emperador y arrojarle sobre Don Luis fué todo uno, y em- pezar á cuchilladas Don Quijote una misma cosa. Defenlióse ca la cual co- mo le fué de su caso, Doña Isabel á gritos, su magestad en calzoncillos, el padre Sanlovál con el sillón de su asiento, Don Juan de Austria tras la cuja y los colchones, y el apunte con el contrabuj, que agarro con entram- bas sus manos para dejarle caer sobre Don Quijote de tal y tan certero mo- do, que ocasionó el gran músico gol- pe que no tuvo semejante, ni le habrá de tener en la historia entera del Arte.

Así fué el decir de los divertidos espectadores como hubo dos funcio- nes de teatro á un tiempo mismo en una misma noche.

Imp. de la viuda de Villanueva.